

AUGUSTO Y MATEO SALVATTO

PAÍS DE MIERDA

IDEAS Y REFLEXIONES SOBRE
EL MEJOR PAÍS DEL MUNDO

lea

USINA
DEL
CONOCIMIENTO

PAÍS DE MIERDA

es editado por

EDICIONES LEA S.A. en coedición con

USINA DEL CONOCIMIENTO

EDICIONES LEA S.A.

Av. Dorrego 330 C1414CJQ

Ciudad de Buenos Aires, Argentina.

E-mail: info@edicioneslea.com

Web: www.edicioneslea.com

ISBN: 978-987-718-793-9

Edición: Abril Caponi

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723.

Prohibida su reproducción total o parcial, así como
su almacenamiento electrónico o mecánico.

Todos los derechos reservados.

© 2023 Ediciones Lea S.A.

Primera edición.

Este libro se terminó de imprimir en

Julio de 2023 en Arcángel Maggio - División Libros

Buenos Aires, Argentina.



“El uso de la palabra mierda es una cuestión de educación”.

-Roberto Fontanarrosa

Al gran pueblo argentino.

País de mierda

Los argentinos tenemos la extraña costumbre de intentar permanentemente cambiarnos a nosotros mismos. Como si existiera una especie de gen maldito que no nos permite desarrollarnos, que nos hace ser una sociedad caótica, inestable y siempre al borde del abismo. Vivos, vagos, haraganes, ingobernables, desfachatados, indóciles, nómades.

Los primeros en pensar seriamente la argentinidad, influidos por las ideas propias del contexto en el que vivieron, llegaron a la irrevocable conclusión de que había que cambiar nuestro carácter nacional, como quien desenrosca una lamparita de luz cálida y la reemplaza por una de luz fría. Para hacerlo, era necesario seguir dos estrategias en paralelo: la educación y la inmigración. Es decir, traer gente civilizada y con *moral de trabajo* desde Europa, y educar bien en esas sanas costumbres, a los que quedaban. Como dice el escudo nacional de unos vecinos, *por la razón o por la fuerza*.

Más de un siglo y medio después de comenzada esa desafiante empresa, nuestro carácter nacional no ha cambiado. Los gauchos que eran denostados por sus características de nómades, rebeldes y pícaros, hoy se convirtieron en un símbolo orgulloso de la argentinidad. Gauchos que incluso quienes los

denostaban, en el fondo admiraban, pues la contradicción es parte de ese gen tan nuestro, como el dulce de leche. La *viveza criolla* que denunciaba Agustín Álvarez en 1900 y el espíritu de la discordia que, con sagacidad, observaba Joaquín V. González, siguen siendo pan nuestro de cada día. Porque, al fin y al cabo, nadie puede cambiar lo que es. Por más que luchemos con todas nuestras fuerzas contra la propia esencia, somos lo que somos. Como el escorpión que más que engañar a la rana, intentaba engañarse a sí mismo. Y ese fue, sino el peor, al menos el último de sus pecados.

¿Por qué seguir intentando cambiar lo que somos? No se confunda, no es esta una mirada mediocre y conformista. No queremos decir que no sea loable la constante búsqueda por ser mejores. Los esfuerzos introducidos por la generación que moldeó la Argentina, que hoy conocemos, generaron resultados envidiables en campos como el de la educación, el desarrollo y la movilidad social, que han sido logros sorprendentemente rápidos y efectivos. Pero estos cambios tan veloces alimentaron, como contrapartida, la idea de que estábamos destinados a ser una gran potencia, diferente a nuestro contexto. Un enclave europeo en América Latina; o mejor, la síntesis entre la civilización europea y el futuro del nuevo mundo. Lo mejor de ambas tierras.

No han faltado pensadores, nacionales y extranjeros, que alimentaron ese discurso. Un discurso que no podía evitar quedarse a mitad de camino entre la ficción y la realidad. Y que, al chocarse con ella, derivó en una desesperante frustración. En el propio mito fundacional se encontraba el germen de su propia destrucción o de nuestra decadencia, para ser menos drásticos.

Durante casi un siglo hemos buscado explicaciones para la triste paradoja de que no somos lo que merecemos ser. Esas explicaciones han llegado incluso a significar clivajes políticos y disputas encarnizadas: es culpa de los Estados Unidos y Gran Bretaña, es culpa del peronismo, es culpa de los militares, es culpa de las oligarquías, es culpa de la incultura del pueblo, es culpa de los inmigrantes, es culpa de los políticos, es culpa de los votantes, es culpa de Cuba, es culpa de Venezuela, es culpa del FMI, es culpa de los planeros, etc. Hay 45 millones de interpretaciones sobre porqué no somos lo que deberíamos ser, y muy pocos discursos que efectivamente piensen en cómo ser lo que podemos ser.

No podemos cambiar lo que somos, pero sí podemos cambiar la forma en la que hablamos de ello. Sí, podemos al menos trabajar seriamente en los mitos y leyendas que contamos, repetimos y transmitimos de generación en generación. Por que al fin y al cabo no son más que eso: mitos y ficciones. Que, como toda fantasía, tienen cierto anclaje en la realidad, pero no son la realidad en sí misma. Pero ojo, no por ser ficciones pensamos que sean menos relevantes. Por el contrario, las ficciones ayudan a ordenar y estructurar la realidad. La ficción del sueño argentino es lo que ha hecho que muchos de nosotros estemos hoy aquí y no en otra parte, mientras que la ficción de que *la salida es Ezeiza* ayuda a que muchos no estén aquí, sino en otra parte.

No podemos reconstruir el sueño argentino sin un anclaje en la realidad. Y ¿para qué gastar nuestra tinta y su tiempo en describirla? No son tiempos fáciles para Argentina y mucho menos para los argentinos. La crisis, la tristeza y el desánimo se acrecientan por una inflación que no da tregua, un estancamiento

que ya lleva más de una década y un país que pareciera estar consumiendo sus últimos cartuchos. Pero, como ya hemos dicho en alguna ocasión, "ninguna gran batalla se libró sin algo en qué creer". Si no hay elementos para tener esperanza en que el futuro, va a ser mejor que en el presente cerremos la persiana. Pero si existe un rayo de luz, que entre por alguna rendija desgastada por el uso, tendremos que explorarlo.

La idea de construir un nuevo relato que conforme el sueño argentino, es una parte del camino que tenemos que recorrer si queremos levantar la persiana. De ninguna manera, hablamos de un todo, pero sí, como decíamos, una parte importante.

Por eso, en las próximas páginas vamos a revisar aquellos mitos y ficciones que estructuran nuestros propios discursos sobre la Argentina. De todos esos mitos, elegimos uno para encabezar estas páginas. Uno que engloba muchas de las ideas que vamos a tratar en este libro. La idea de que este país... nuestro país, es una mierda.

País de mierda

¿Quién no ha escuchado a alguien esbozar esta expresión, como señal de descontento contra tal o cuál medida de un gobierno que no le gusta? ¿Quién no la ha usado alguna vez para compararse con alguna visión sesgada y parcial de algo que pasa en otro país?

La expresión trasciende fronteras ideológicas y va mucho más allá de su significado literal. Se usa más bien para referirse a una supuesta característica única y singular de Argentina, que destaca por lo absurdo, por lo irreal, bordeando lo ridículo. Se